nombre de una fábrica de camisas. Sucede que esta pequeña industria se instaló en el local de una antigua librería. Y Juan Ramón siempre que pasaba por ahí veía el aviso, que los f bricantes de camisas no se habían molestado en quitar. Juan Ramón sufría amargamente con eso. La librería —ahora camisería— se llamaba «La Poesía Moderna»!

***

En el Teatro Comedia, Juan Ramón asistía a todos mis recitales en Madrid. Pero nunca tomaba asiento entre el público. Se venía al escenario, y me parece oír sus pasos silenciosos, respetuosos recorriendo el tablado detrás de los telones mientras me escuchaba.

***

De una juventud enfermiza le quedó a Juan Ramón el complejo —o el gusto— de creerse enfermo. Siempre estaba a su lado un facultativo, y él apenas podía estar feliz donde hubiera quien lo atendiera. Y sólo estimaba a aquellos médicos que le llevaban la idea. El secreto de su estada en Puerto Rico es que al lado de su residencia había muchos médicos (era un hospital) que lo atendían como él quería. Y Zenobia, que lo cuidaba siempre como a un niño, sin embargo murió un año antes Esta fue, realmente, la verdadera enfermedad de Juan Ramón. Sin Zenobia, él sí amaba al mundo pero no podía vivir en él. De eso murió. Juan Ramón murió de amor!

***

Y cómo podría olvidar su inolvidable despedida! Creo que él único retrato pintado por él fue el que, cuando salió a la estación del tren a despedirnos, dibujó en rápidos y misteriosos trazos (como su letra que no entendían los carteros porque era demasiado bella en su inexplicable elocuencia). Yo estaba en la ventanilla, con un ramo de rosas que él me había ofrecido. El dibujo lo hizo en negro y rojo y me lo obsequió inmediatamente. En lugar de firma, abajo decía: «Adiós, Berta».

Por eso he llorado al saber su muerte. Y solo ahora puedo contestarle: Adiós, Juan Ramón!

(Envío de la autora)

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE

(En *Rep. Amer.*)

A la nobilísima dama doña Anita Gené de Vargas Coto, madre y amiga ejemplar, con el mayor respeto,

A. Aguilar Machado

"Lo más bello y más grande de la experimentación es la comunicación con el mundo superior; y ésta no la logra el más sabio sino el más digno, el mejor, el que tiene más paciencia, más conciencia, más moralidad." DENIS

En la perspectiva vital de nuestro ser, ningún problema reviste mayor trascendencia ni inquieta tanto como el de la muerte. Sorprende pensar que siendo ello así, el mayor esfuerzo de las tendencias filosóficas de todos los tiempos, hase encaminado a la interpretación de los diversos ritmos de la vida. Esta actitud se adapta, sin duda, a las aspiraciones del nivel común del género humano, que corresponden, por el efecto mismo de sus instintivas reacciones al estado de la niñez o, en el mejor de los casos, a la dimensión dentro de la cual se desenvuelven los procesos de la adolescencia.

Sabemos todos que las etapas juveniles de nuestro vivir, aparecen cargadas de múltiples impulsos optimistas o de una visible euforia, condiciones que nos llevan a separar de nuestra más íntima naturaleza, cuanto tenga contornos negativos. Ello explica la firmeza con que las generaciones mozas pretenden imponer todos sus proyectos. Tendencia, por lo demás, necesaria en la dinámica del proceso histórico para compensar ciertos desajustes inevitables en una dimensión en que, como acontece con la vida, lo sorpresivo y lo imprevisible, llevan ventajas ante aquellos factores de mero carácter racional.

La prueba de la muerte es, sin duda, la más dramática y sugerente que pueda afrontar el hombre. Jamás logrará borrarse de nuestros recuerdos, el de aquel momento en que vimos de niños, apagarse la vida del pajarito cuyos arpegios melodiosos halagaron nuestros oídos ni el del instante en que cayó muerto a nuestros pies el perro noble que vino a compartir con nosotros, sin regateos ni mezquinas conveniencias, muchas horas de alegría. Pero, cuando la muerte nos ofrece la más trágica de las experiencias, arrebatándonos a un ser querido, el familiar cercano o el amigo entrañable, las reflexiones acuden presurosas al espíritu conturbado, y por su medio, del ser superficial que hasta ahí fuéramos, comienza a surgir, como el rayo luminoso entre las tinieblas, un nuevo ser más profundo y de angustia. Este es el momento creador en el que, con la madurez sicológica, adviene en el destino nuestro la espontánea aptitud metafísica, que nos exige responder a aquellas inquietantes preguntas, que hasta ese momento dormían en los pliegues del alma: ¿de dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

Toffanin piensa que Erasmo de Rotterdam, es el evangelista europeo del humanismo. Conviene no olvidar las palabras con que el gran divulgador de Petrarca y de Valla, reafirma el clásico concepto de «humanitas», cuando el calor de la polémica y los mismos avances de la cultura, iniciaban el proceso de desintegración de no pocas categorías clásicas del pensamiento.

Erasmo declara: «Yo soy filósofo a la manera de aquel Sócrates ateniense, que llevó la filosofía de la contemplación de las cosas naturales al centro de la vida de los hombres». Y en carta que dirige al Arzobispo de Palermo, el humanista mencionado, agrega: «Sin embargo, apenas un hombre sabio se da cuenta de que toda la vida del hombre se iba en tales estudios (se refiere a los naturales) de aquello que más íntimamente nos pertenece, se retrajo de la contemplación de las cosas naturales a la contemplación de la muerte». He aquí cómo este problema del fin de nuestra existencia acució a los humanistas, quienes no lejos del ocaso del Renacimiento, batallaron todavía por elevar el pendón de la «docta pietas», amenazada ya por las urgencias prácticas de la vida.

El Cusano y muchos de los que se preparaban con los Hermanos de la vida común, aceptaron el culto de los primeros sabios, «como luces clarísimas y castísimas portadoras de la efigie del mundo espiritual e incorruptible». En esta forma pretendíase mantener la unidad del logos, admirable consorcio de razón y de virtud con el que, como áncora de salvación, la antigüedad pagana, pasó sin rozar apenas, cerca de las sirtes de la ignorancia y del escepticismo.

En todas las épocas y en las fases todas de la marcha histórica, el tremendo espectáculo de la muerte, el más desconcertante de cuantos nos es dable contemplar, abre campo a las más contradictorias teorías.

La encrucijada en que nos coloca el único problema que no podemos eludir, el que afecta por igual a grandes y chicos, a poderosos y desvalidos; el que motiva esa paradoja descarnada y a veces agresiva, de querer ser, pero con la apetencia de eternidad, a que se refería Unamuno, y saber, no obstante, que algún día debemos morir, aquel problema, justifica la presencia de las religiones, y el alimento espiritual con que ellas están solícitas a calmar el hambre de vida eterna en el mísero peregrino de la selva

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "